

**“Haciendo espacio para el Dios que nos libera”**  
**Homilía para Navidad, Misa durante el día (2020)**  
**25 de diciembre de 2020**

### **Introducción**

Las cuatro semanas de Adviento que acabamos de atravesar encuentran su cumplimiento esta noche. Hay mucho que hacemos a lo largo del Adviento para prepararnos, especialmente litúrgicamente. Esto incluye no solo la Misa, sino también la Liturgia de las Horas, las colecciones de salmos, lecturas de las Escrituras y oraciones que el clero y los religiosos prometimos rezar a diferentes horas durante el día. Una de esas horas, el Oficio de Lectura, contiene una lectura más larga de las Escrituras (además de una lectura más larga de uno de los Padres de la Iglesia), y durante el tiempo de Adviento aquellos de nosotros que lo rezamos tenemos la suerte de escuchar al profeta Isaías, tan directo en profetizar la venida del Mesías.

La otra mañana, antes de rezar esa hora en la Liturgia de las Horas, estaba desayunando, leyendo el periódico y me encontré con un artículo de opinión en el que el autor reflexionaba sobre las angustias de este año: la pandemia del coronavirus era solo una de ellas. En un momento dado de narrar la letanía de crisis, el autor escribía: “En agosto, el huracán Isaías fue seguido por un tornado, y fue difícil no pensar en el Dios del Antiguo Testamento, el vengativo y mezquino que jugó con Satanás y probó a Job”. Qué coincidencia, el nombre del huracán que ella menciona. Porque justo después de eso subí a rezar el Oficio de Lectura, y encontré esta primera línea de Isaías: “¿Se olvida una madre de su criatura, no se compadece del hijo de sus entrañas? Incluso si lo olvida, nunca te olvidaré. ¡Pero aunque ella se olvide, yo no te olvidaré!”.

Claro que no suena como un Dios vengativo para mí.

### **El rostro de Dios**

Esta idea de dos Dioses diferentes, uno del Antiguo Testamento y el otro del Nuevo Testamento —o, al menos, dos rostros diferentes de Dios, el rostro del Antiguo Testamento y el rostro del Nuevo Testamento— ha existido durante mucho tiempo. Una idea que va y viene. La idea es que el Dios del Antiguo Testamento es vengativo y juzgador, mientras que el Nuevo es amoroso y perdonador. Es una manera bastante ingenua y simplista de entender a Dios, en realidad (y por eso me sorprendió ver esto de una profesora asociada de filosofía en una universidad de buena reputación, como es el caso de la autora de ese artículo de opinión).

De hecho, los atributos multifacéticos de Dios están entretejidos a través de toda la Escritura: Él es juez, pero Él también es amante; Él pide cuentas, pero también perdona; Él castiga la maldad, pero también viene en rescate de sus siervos.

Pero, ¿quién es Dios en realidad? Esta noche tenemos la respuesta. San Juan nos dice en la lectura del Evangelio para esta Misa de Navidad durante el día: “Y aquel que es la Palabra se hizo hombre y habitó entre nosotros”. No fue suficiente que Dios nos comunicara a través de la palabra escrita, ni siquiera a través de la palabra hablada proclamada por los profetas y predicada por sus ungidos. No, su Palabra tenía que hacerse carne, tomar un cuerpo humano para manifestar en la carne su autorrevelación. Se hizo visible para nosotros.

Hoy es el día en que Dios cumple el plan en el que había estado trabajando por muchos siglos a través de la historia de su pueblo Israel: un plan de salvación, un plan para liberar a sus siervos fieles de la opresión del pecado y la muerte de una vez por todas. Esa es su

comunicación final y definitiva con nosotros, la Palabra que se encarna: una Palabra de perdón y salvación.

### **El Dios Liberador**

Y para entender esto, solo piensen en el mundo de su Pueblo Elegido cuando él eligió convertirse en uno de nosotros: ellos sufrían bajo la opresión de la ocupación romana. Tal vez sea fácil para nosotros romantizar la era, viviendo como lo hacemos dos milenios más tarde, pero los romanos eran conquistadores brutales. La práctica de la crucifixión por sí sola lo deja claro. Y tal opresión no es desconocida en la historia de este pueblo; de hecho, toda su historia parece ser una saga de opresión y luego liberación por su Dios salvador.

Los profetas eran implacables en servir como conciencia del pueblo, reprendiéndolos por sus infidelidades a la Alianza, y advirtiéndolos de la devastación si persistían. Pero también son persistentes en su esperanza. Escuchamos eso, una vez más de Isaías, en nuestra primera lectura: “Porque el Señor rescata a su pueblo, consuela a Jerusalén. Descubre el Señor su santo brazo a la vista de todas las naciones. Verá la tierra entera la salvación que viene de nuestro Dios”. Los profetas reprenden, pero también tranquilizan: Dios siempre viene a salvar a sus siervos fieles y a liberarlos. Hoy es ese día: Él viene a nuestro rescate, su Palabra, su Hijo co-eterno, la segunda persona de la Santísima Trinidad, viene a liberarnos haciéndose en uno de nosotros.

Quizás este año, más que cualquier otro, sintamos un espíritu afín con los sentimientos del antiguo pueblo de Israel en los tiempos de su opresión. De hecho, ha sido por muchos un año de opresión a su manera: enfermedad o temor a ella; pérdida de seres queridos, a menudo sin poder estar a su lado mientras se iban de este mundo; dificultades económicas, incluso hasta el punto de perder los medios de subsistencia; aislamiento social; y, por supuesto, ser excluidos del acceso a los sacramentos.

Ser excluidos: ¿no fue esta la historia de la Sagrada Familia la noche en que nació su Hijo? Fueron excluidos “porque no hubo lugar para ellos en la posada”. Fueron excluidos, porque no habían encontrado sitio en los corazones de la gente.

### **El Dios siempre presente**

Cualquiera que sea la forma de opresión que uno sienta, se produce porque la gente ha excluido a Dios de la posada de sus corazones. Cuando Dios es excluido de una sociedad, o de cualquier comunidad, entonces somos los que somos, vengativos y mezquinos: el odio, la violencia y la división crecen en el mundo. ¿Todo esto les dice algo? ¿O, debo decir, les resulta familiar? Eso sucede porque cuando excluimos a Dios, cortamos nuestra propia capacidad de amor, misericordia y perdón.

Y sin embargo, Dios continúa permitiéndonos mirarlo a la cara: Él continúa naciendo en medio de nosotros en cada Misa, cuando una vez más desciende del cielo para tomar carne y morar entre nosotros en la Sacratísima Eucaristía: “Y aquel que es la Palabra se hizo hombre y habitó entre nosotros”. Esto no sucedió sólo una vez en la historia, en el momento histórico de la Encarnación; es un misterio de fe que continúa en cada Misa. Todavía se hace visible para nosotros.

Sí, esta es la razón por la que estos meses de privación eucarística han sido tan difíciles para nuestro pueblo católico fiel; de hecho, se siente como una opresión. Así que recordemos la lección de Navidad: Dios viene al rescate de sus siervos fieles. Hoy él cumple la profecía de Isaías, y nos libera, *cuando le damos cabida en la posada de nuestro corazón.*

Quizás Dios nos ha permitido este período de privación eucarística precisamente para renovar nuestros corazones en aprecio de este gran don más allá de toda medida. Es una peculiaridad de la naturaleza humana que realmente no apreciamos lo que tenemos cuando está fácilmente disponible en abundancia y viene fácilmente. Y con una mayoría significativa de católicos que dicen que no creen en la Presencia Real de Cristo en la Eucaristía, uno no puede evitar preguntarse si este es otro efecto —sin que nosotros lo queramos o nos demos cuenta— de que no hay lugar en la posada en nuestra sociedad. Dios es excluido.

Pero hoy estamos aquí, y Él está aquí con nosotros. Él nos permite mirarlo, y no sólo mirarlo, sino recibirlo, consumirlo, volvernos uno con Él a medida que su Cuerpo y Sangre son absorbidos por nuestro torrente sanguíneo y asimilados en nuestro cuerpo.

### **Conclusión**

Esta es la gran bendición de ser católico: Dios no visitó la tierra una vez y luego regresó al cielo, dejando atrás un grupo de seguidores para contar historias sobre él y convertir a otros a él. Es mucho más que eso. Él repite este milagro en cada Misa; Él está siempre presente para nosotros en su Cuerpo y Sangre, Alma y Divinidad. Hagamos espacio para él en nuestros corazones, para que Él pueda una vez más venir en ayuda de sus siervos y ponerlos en libertad.